

# **Imaginario literario de San Juan Tlihuaca<sup>1</sup>, Azcapozalco.**

## **Arraigo y patrimonio**

Ulises Paniagua Olivares

### **Ulises Paniagua Olivares**

Ciudad de México, 1976. Ingeniero Arquitecto y Maestro en Ciencias en Arquitectura y Urbanismo. Actualmente estudia el doctorado en la SEPI ESIA Tecamachalco del Instituto Politécnico Nacional. Tiene un diplomado en Literatura Española por el Centro Cultural España. Es autor de libros de cuento, poesía, y novela. Ha sido publicado en el Congreso AIBR de España, en la Academia Uruguaya de Letras, a través del INBA, en la UAM Iztapalapa, así como en revistas y diarios nacionales e internacionales (*Horizontum, Nexos, Siempre, El Financiero y El Sol de México*). Es conductor del programa radiofónico *Todos los libros, el libro* (Radio Sogem), y ex-colaborador de Radio Anáhuac con la cápsula *Arquitectura Literaria*. También es ponente habitual en el *Seminario Permanente Cine, Ciudad y Arquitectura*, y co-organizador del *Seminario de Narrativas Urbanas, Géneros, Creaciones y Apropiaciones espaciales*, convocado por el IPN y el ITESM.

### **Resumen**

El presente artículo aborda el peligro de los procesos de transformación urbana en los pueblos originarios de la Ciudad de México. Pueblos que basaron su economía en la actividad agrícola, y que han sido consumidos, en años recientes, por los procesos de industrialización y de especulación inmobiliaria del antiguo D.F. San Juan Tlihuaca es uno de esos pueblos. Mediante esta investigación se pretende resaltar la urgencia de conservar los imaginarios urbanos, particularmente los imaginarios literarios del lugar, con la intención de constrarrestar los efectos de una ciudad re-densificada que amenaza con consumir el patrimonio intangible de barrios y pueblos originarios.

Palabras clave: Imaginarios urbanos, Imaginarios literarios, Transformación urbana, Especulación urbana, Patrimonio Intangible.

---

<sup>1</sup> Tlihuaca viene del náhuatl. Significa “lugar de lo negro”, por su íntima relación con la deidad precolombina Tezcatlipoca.

## ¿Qué son los pueblos originarios para la Ciudad de México?

“¿Te olvidas de tu pasado?

Entonces no cuentes con tu futuro.

(Brito, 2009)

El concepto de pueblos originarios es relativamente nuevo. No hace más de veinte años que ha sido aceptado en reglamentaciones y normatividades de la Ciudad de México. Nace con la reivindicación de los pueblos a partir de la aparición del movimiento zapatista de 1994, originado en el estado de Chiapas. La aceptación del término guarda, sin embargo, un origen difuso. Hay pequeñas imprecisiones en su procedencia:

Apuntemos, para volver a la cuestión del nombre con el que aparecen, que hasta ahora tenemos tres referencias específicas: por una parte, tenemos un documento mecanoscrito elaborado en 1995 por los Comuneros Organizados de Milpa Alta, donde aluden al derecho a su organización y autoridades tradicionales en tanto “pueblo originario” (Sánchez, 2006: 167); por otro lado, Teresa Mora (2007:27) nos remite a un Foro de Pueblos Originarios y Migrantes Indígenas del Anáhuac realizado en Milpa Alta en 1996, sin mayor referencia documental; en tanto que para el año 2000 tiene lugar, en San Mateo Tlaltenango, Delegación Cuajimalpa, el Primer Congreso de Pueblos Originarios del Anáhuac; y en 2003 el Gobierno del Distrito Federal organiza un grupo de trabajo: Comité para Pueblos Originarios del Distrito Federal, “para lo cual convoca a los representantes de 42 comunidades en las delegaciones de Tlalpan, Milpa Alta, Tláhuac y Xochimilco (Medina, 2007: 32).

No obstante la indeterminación en la fecha del nacimiento de este término, es de destacar la importancia que tiene en la conservación del patrimonio (tangibles e intangibles) de numerosos barrios del antiguo Distrito Federal, hoy Ciudad de México. En la actualidad, las transformaciones urbanas se llevan a cabo de manera acelerada, monstruosa, en comunidades fundamentadas en el trabajo de la tierra como medio originario de supervivencia. Citando a Marc Augé, “se hace referencia a las transformaciones aceleradas propias del mundo contemporáneo y figuras de exceso como la superabundancia de acontecimientos, la superabundancia espacial y la individualización de las referencias. La superabundancia de acontecimientos da cuenta de la aceleración del tiempo, producto del exceso de información

disponible a través de los medios masivos de comunicación, que hace parecer la Historia como inasible” (Augé, 2000:31-42),

En contraposición a este imaginario del mundo acelerado y obsesivo con la información, en los pueblos originarios se mantiene el anclaje del amor a la tierra. Para Andrés Medina, los pueblos originarios en la Ciudad de México tienen como principal característica un origen agricultor:

La base territorial y organizativa de lo que llamamos los pueblos originarios es una comunidad agraria, corporada, cuyas formas de trabajo, cultura y relaciones sociales se han construido milenariamente a partir del desarrollo de una agricultura centrada en el complejo del maíz. Si bien este proceso llevó históricamente a la constitución de sociedades complejas, estatales, la conquista y colonización españolas les impusieron una dinámica que llevó a la desarticulación de los grandes sistemas políticos y a su reducción gradual a comunidades agrarias. (Medina, 2007: 32).

El fenómeno que se presenta en San Juan Tlihuaca —uno de los pueblos originarios de Azcapozalco (antes Azcapotzalco<sup>2</sup>) —, amenazando al patrimonio y al arraigo de sus habitantes, es de carácter inmobiliario, pero también cultural. Los herederos de los terrenos (que pertenecían o pertenecen al régimen del *ejido*), una vez que mueren los patriarcas o las matriarcas de las familias, y desvinculados de toda identidad, se ven tentados a vender casas y terrenos a las desarrolladoras inmobiliarias, que aprovechan la oportunidad para construir unidades habitacionales o edificios residenciales que re-densifican el lugar, generando así conflictos en los servicios; como sucede con el abastecimiento de agua y con los terribles problemas de tránsito en las calles de San Juan; muchas de ellas estrechas y sin banquetas (debido a que este pueblo mantuvo una actividad básicamente agrícola). Es hasta los años setentas del siglo XX que la modalidad agrícola da paso a la instalación de ladrilleras y otras fábricas en la zona, destruyendo, en sus dinámicas, la identidad cultural de una comunidad, que de pronto se vio obligada a convivir con la población recién llegada, muchos de ellos acarreados por partidos políticos en búsqueda de terrenos; habitantes que demostraban poco afecto hacia el lugar al no formar parte de la construcción social de ese territorio.

---

<sup>2</sup> Azcapotzalco proviene del náhuatl “azcatl”, hormiga, y “co”, lugar. Significa “lugar de hormigas”.

De acuerdo al testimonio de uno de los habitantes originarios de San Juan, Alberto Vargas, los nuevos vecinos no guardaron ningún sentimentalismo hacia esta tierra; y muchos de ellos se convirtieron en iniciadores de grupos de delincuencia, como ocurrió con *Las Trancas*, colonia vecina que pertenecía en un inicio al ejido de San Juan Tlihuaca, pero que fue expropiada para activar la ladrillera. Con el paso de los años, los inquilinos de *Las Trancas* ven aparecer una unidad habitacional donde diversas bandas juveniles se apropian del territorio. Fue célebre en la zona la existencia de *Los pepes*, banda juvenil de los años ochenta del Siglo XX; banda que fue exterminada con el paso de los años a manos de los mismos inquilinos de la colonia *Las Trancas*.

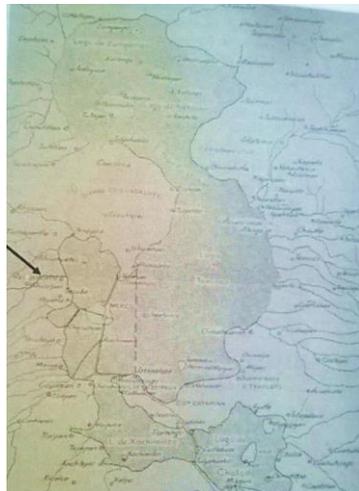
### **Origen y actualidad de San Juan Tlihuaca**

San Juan Tlihuaca forma parte de los múltiples barrios originarios de Azcapozalco (y de la ciudad, desde luego), aunque es una realidad que la mayoría de sus habitantes no están enterados de sus orígenes prehispánicos. Este lugar poseía una gran relevancia para los tecpanecas. Incluso, uno de los cronistas del lugar coquetea con la idea de que Tlihuaca era el centro comercial y de poder más importante del pueblo *tecpaneca*, por encima de pueblos como el de Tacuba (Brito, 2009). Dicha relevancia, puede constatarse a través del historiador Ángel María Garibay, cuando comenta: “en la colección hay cantares de toda la región de habla nahuatlaca. De Tenochtitlan son muchos, otros de Acolhuacan, de Chalco, de Tlalhuacpan (Tlihuaca), que es uno de los nombres de Tlacopan (Tacuba)” (Garibay: 1940, XVI).



Imagen 1. Escudo de Tlihuacan, en la glorieta principal de la colonia. Fotografía: Ulises Paniagua Olivares.

El pueblo originario de San Juan Tlihuaca se encuentra ubicado al poniente del antiguo lago de México-Tenochtitlan. Formaba parte del imperio tecpaneca. *Tlihuaca* proviene del náhuatl “Tlili” (negro), “Hua” (poseer), y “Can” (lugar de). Puede traducirse como “Lugar de lo negro” (Imagen 1). El poblado se denominó San Juan en honor al Bautista. Siendo la celebración más importante la celebrada el día 24 de junio (Imágenes 2 y 3).



Imágenes 2 y 3. Izquierda: ubicación de San Juan Tlihuaca en el Lago de México Tenochtitlán. Derecha: foto de 1920 de la iglesia principal de San Juan. Fotografía propiedad de los residentes del lugar.

En los pueblos originarios (como sucede con este caso de estudio), la memoria construye su pasado por medio del reconocimiento del patrimonio, en este caso urbano, arquitectónico y cultural (tangibles e intangibles), y es establecido por las prácticas sociales y la imaginación de los habitantes al ejercer dichas prácticas. Esto quiere decir que la ciudad se vuelve, para quien la habita, un lugar de pertenencia, un territorio real; pero también un territorio construido a través de imaginarios urbanos. Gran parte de estos imaginarios han sido consignados en los libros que abordan la historia y las leyendas del lugar. Un imaginario social es usado como sinónimo de mentalidad, cosmovisión o memoria colectiva. Pero en la obra de Castoriadis supone un esfuerzo conceptual donde se destaca la importancia de lo material sobre la vida social (desde el punto del materialismo): “en el ser, en lo que es, surgen otras formas, se establecen nuevas determinaciones. Lo que en cada momento es, no está plenamente determinado, es decir, no lo está hasta el punto de excluir el surgimiento de otras determinaciones” (Castoriadis, 1983).

Los imaginarios urbanos se construyen también a partir de las imágenes recreadas en la memoria y la imaginación de quienes habitan las calles y las colonias:

La imagen antecede al dibujo-representación. Ésta es el gesto simbólico que aprisiona al objeto ausente, es una figuración imaginada. Inmediatamente el dibujo-representación conquista a las imágenes, prontamente el vecino-dibujante no solamente goza del recuerdo, ...de su papel como actor, sino que también se regocija en los aportes al recuerdo, a la anécdota. Sin duda, evocar imágenes es un placer. (Licona, s.f.: 25).

Los imaginarios generan procesos afectivos. Al pueblo, al barrio, a la colonia, se le ama como si fuera una extensión de la propia casa. Esto es, la colonia es entendida como una “casa” para sus residentes, dentro de una ciudad que puede generar afectos hasta considerarse una “gran casa” atendiendo a un nivel más profundo. Esto es, se transforma en un espacio que queda registrado, como por un acto metafísico, espiritual, en la memoria de cada uno de los habitantes.

Sin embargo, más allá de que el registro de tales procesos se fortalece y se construye mediante la generación de registros escritos, se produce en los habitantes el encanto de la

poesía. Tal como lo define Milan Kundera en uno de los pasajes de su célebre novela, *La insoportable levedad del ser*, “Parece como si existiera en el cerebro una región totalmente específica, que podría denominarse memoria poética, y que registrara aquello que nos ha conmovido, encantado, que ha hecho hermosa nuestra vida” (Kundera, 2008). Los registros de esta memoria son desarrollados a través de cuentos, poemas o crónicas del lugar. La literatura del lugar registra hechos, a veces con nostalgia, a veces con desencanto, otras tantas incluso en un sentido épico. Todas esas visiones han contribuido a la construcción y preservación de imaginarios que definen en buena medida lo que somos, lo que queremos ser, es decir, nuestro arraigo como habitantes. Ahora bien, ¿cómo se genera ese arraigo? La respuesta a esta pregunta puede hallarse en la memoria, ya que “la memoria entonces es una necesidad humana y como tal evoluciona de acuerdo a la complejidad de la población” (Pastrana, 2011:26). La memoria integrada al imaginario es fundamental en la preservación del individuo y de una colectividad. No es casual por ejemplo que Hitler haya decidido arrasar por completo la ciudad de Varsovia para no dejar registro de ella, ni de manera física a través de su arquitectura y sus calles, ni a nivel intangible a través de sus símbolos y sus prácticas sociales. Por otra parte, el erigir monumentos no es otra cosa sino el acto de dejar constancia del paso del tiempo, sin otra función que la simbólica. De acuerdo a Rubi Báez:

El registro es parte de las técnicas para preservar la memoria, llamadas mnemotécnicas, según el grado de evolución de las sociedades, es la complejidad y desarrollo de estas técnicas, de esta forma una de las primeras en esta historia de la humanidad es la tradición oral (...) por lo tanto no es extraño atribuirle a la diosa Mnemosina la creación y afirmación de una identidad colectiva a través de la producción poética. (2005:17)

Citando a Novalis, “la filosofía es en realidad añoranza, necesidad de sentirse en casa en cualquier lugar. ¿A dónde vamos, entonces? Siempre a casa” (2006,346). La literatura y la poesía, como manifestaciones artísticas, nos permiten indagar en nuestra esencia y la pertenencia, en un momento de la tan mentada posmodernidad, donde el desarrollo inmobiliario en sus avances de los grandes capitales amenaza con arrasar con el patrimonio tangible e intangible de los pueblos. Así, el peligro de la posmodernidad, junto con su consecuente globalización, radica en que sus efectos podrían imponerse a la conservación del patrimonio (edificios históricos que deben ser observados y conservados por el INBA y

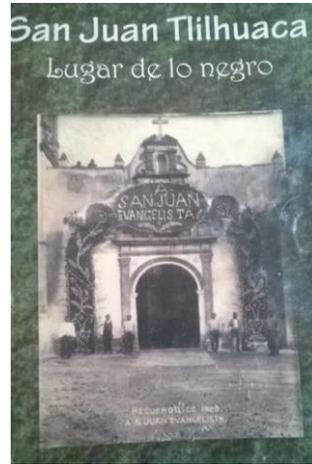
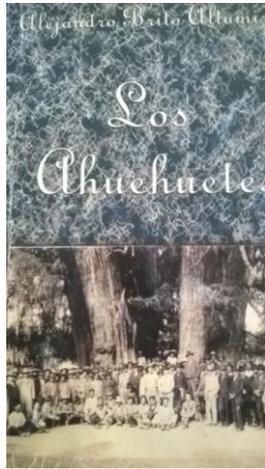
el INAH, tradiciones, leyendas), e incluso imponerse a la construcción de imaginarios urbanos que han ayudado a generar una sensación de arraigo e identidad entre los habitantes.

En su libro *Fundamentos Teóricos de la restauración*, Charles Chanfón habla de los satisfactores relacionados con la memoria y los divide en tres: a) tradición oral, b) necesidad de registro, y c) protección de las fuentes originales (1996:75-114). La memoria literaria corresponde a la necesidad de registro de la que habla Chanfón en su trabajo. Por otra parte, es importante destacar el peligro que corre el patrimonio arquitectónico y urbano de dichas colonias con motivo de su deterioro. Tal patrimonio requiere de una intervención para su rescate. En el caso más extremo, necesita de una intervención urbana adecuada a la contemporaneidad, siempre respetando el imaginario urbano de la colonia. El rescate del patrimonio intangible de los pueblos originarios, por su parte, es evidentemente indispensable.

### **Literatura e imaginarios**

Los libros escritos sobre San Juan Tlihuaca son, sobre todo, crónicas, extractos de la Historia prehispánica, colonial revolucionaria y post-revolucionaria. Uno de los investigadores que ha ido más a fondo en la indagación de los orígenes y desarrollo de este pueblo originario, es Alejandro Brito, quien ha publicado dos libros al respecto: “Los ahuehetes”, y “San Juan Tlihuaca. Lugar de lo negro” (Imágenes 4 y 5).

El primer libro hace referencia a los siete árboles de la especie vegetal “ahuehete”, que se hallaban en medio de la glorieta principal. Los ahuehetes guardan una tradición prehispánica poderosa. Debajo de ellos brotan manantiales. Además se les considera “guardianes” del lugar, protectores espirituales de los habitantes. En la actualidad, sobrevive sólo uno de ellos en la glorieta principal, que se ha convertido así en un *lugar de alta significación* (García Ayala, 2012). Para reafirmar la importancia histórica del lugar, basta comentar que entre los ahuehetes de San Juan se tomó una fotografía, en una visita presidencial en los años postrevolucionarios, del presidente Emilio Portes Gil y su gabinete.



Imágenes 4 y 5. Los libros escritos por Brito acerca de San Juan Tlihuaca. Fuente: Alejandro Brito.

Fotografía: Ulises Paniagua Olivares.

En otro libro que aborda los orígenes de Tlihuaca, Borboa Vitral, otro cronista del pueblo originario, refiere el origen del asentamiento de Tlihuaca:

En los albores de la humanidad, todos los pueblos tienen origen en la noche de los tiempos. La mitología es única en las tierras de Azcapozalco, y hasta nuestros días está presente como testigo del origen del gran imperio tecpaneca. La leyenda narra con sencillez el peregrinar de la tribu chichimeca desde el lejano Chicomostóc, guiados por su cacique Ixputzal y sus sabios sacerdotes, hacia el lugar de los tecpanecas. En la ribera del enorme lago había Ahuehuetes centenarios que creaban un manantial de agua dulce y cristalina, los siete árboles traían al presente al Chicomóstoc originario (Borboa, 2002)

En “Los ahuehuetes”, Alejandro Brito se anima a publicar un poema de su autoría, “Ocaso en Tlihuacan”, una oda a este pueblo originario, integrándose al imaginario del lugar:

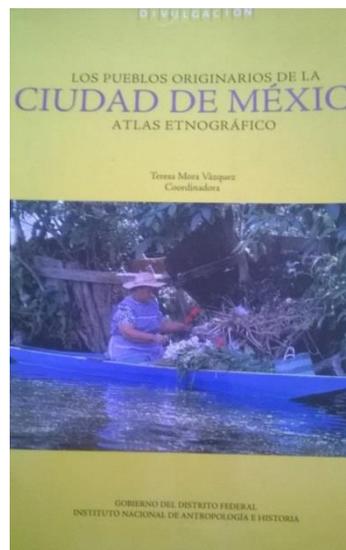
Cubriéndose de nubes ya la tarde / mi Tlihuacan absorbe las miradas celosas observando  
cómo arde / Tonatiuh en la montaña, llamaradas; / crepúsculo al poniente de este lago,  
contraste entre las aguas de lluvia que chocan y salpican en mi trago / de octli, provocando  
muerte turbia. / Más, oigo bien el trueno que patina / por todo el lago hasta Teotihuacan;  
Ehécatl sopla fuerte y no combina / el canto y eco aquí en Tlihuacan. / Es hora de mezclar las  
hierbas raras / que sólo se darán por este rumbo; / así en la penumbra veo las caras / de brujos

y saliendo doy un tumbo / no es miedo mi amado tecpaneca / el suelo está muy resbaladizo / voy formando en mis manos la muñeca / mientras mojado llego a mi cobrizo (Brito, 2009).

Otro libro que hace referencia a San Juan Tlihuaca es “Los pueblos originarios de la ciudad de México. Atlas etnográfico”, donde se aborda la celebración de Día de Muertos en el lugar, destacando la costumbre de emplear “animeros” para rezar y comunicarse con los muertos. Cito:

...La procesión de los animeros”, celebrada el día 1 de Noviembre, a la que asisten vecinos, visitantes y familiares de los pueblos y colonias cercanas (...) Ese día por la tarde inicia la procesión en la que participan jóvenes y adultos, vestidos con ropa de manta, gabán y sombrero; la muerte, representada por un hombre con disfraz de calavera cargando su guadaña, y dos jovencitas que portan un estandarte con el nombre del pueblo, y con las imágenes de Mictlantecutli y de Mictlancíhuatl, señor y señora de la muerte (Los pueblos originarios de la ciudad de México. Atlas etnográfico)

Borboa Vitral es otro autor que, con su libro “Azcapotzalco, Tradiciones, Muertos, Drácula, Murciélagos” aborda la celebración de día de Muertos en San Juan, y los orígenes de este pueblo. Es importante destacar que, a excepción del Atlas Etnográfico, las publicaciones respecto a Tlihuaca son de carácter independiente (Imágenes 6 y 7).



Imágenes 6 y 7. Otras publicaciones que abordan el pueblo originario de San Juan Tlihuaca.

Fotografía: Ulises Paniagua Olivares.

## Conclusiones

En la actualidad, citando el ensayo de Marshall Berman, “todo lo sólido se desvanece en el aire (...) todo lo sagrado es profanado” (Marx a través de Berman, 2006:52), asistimos, persiguiendo las preocupaciones de Jane Jacobs, al peligro de la pérdida del patrimonio tangible e intangible de las ciudades y de sus pueblos originarios. En este caso, de San Juan Tlihuaca. Reavivar nuestra memoria, a través de la recuperación de los imaginarios, puede ejercer esa función de mirada, esa necesidad de identidad que ayude al habitante a apreciar el valor de su espacio-temporal, la relación con sus calles y los espacios públicos, así como su relación con otros habitantes y su territorio. Es decir, la ciudad vista como la “gran casa” a través de los ojos y las sensaciones de quienes la habitan; y la sensación del pueblo originario como la “casa” de cada uno de sus residentes.

El término pueblo originario no es gratuito. Sirve para restablecer identidad, pero también para generar organizaciones y asociaciones civiles que desde el aspecto práctico puedan proteger, mediante la vía legal y moral, las escrituras de sus terrenos ante la incertidumbre de un régimen ejidal ambiguo. Es de destacar que en este pueblo ha habido abundantes casos sobre despojos de tierra no hace muchos años. Por otra parte, las desarrolladoras e inmobiliarias amenazan con posicionarse y posesionarse del lugar, construyendo unidades habitacionales sin identidad, arraigo o contexto arquitectónico alguno. Los problemas sobre el abastecimiento de agua y los conflictos de tránsito automovilísticos son una realidad; aunados a episodios de violencia en colonias vecinas.

Es necesario recuperar la identidad del pueblo originario para contrarrestar dichos procesos. La pérdida del patrimonio tangible e intangible amenaza a uno de los más antiguos pueblos *tecanecas* de la Ciudad de México. Difundir la literatura acerca del lugar entre los habitantes y construir imaginarios para ellos, puede contribuir de manera firme a la identidad de este pueblo originario de Azcapozalco, así como en la conservación del territorio y del patrimonio urbano e intangible del lugar (Imágenes 8 a 12).



Imágenes 8 y 9. Derecha: El presidente Portes Gil visitando los ahuehuetes de San Juan Tlihuaca.  
Izquierda: El ahuehuate sagrado de la glorieta principal de la colonia.



Imágenes 10 y 11. Pórtico al atrio de la iglesia de San Juan. Fotografía: Ulises Paniagua Olivares.



Imagen 12. Fotografía que conmemora la fundición de las campanas de la Iglesia principal del barrio (1928).

## Bibliografía

Auge, Marc, *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona. Gedisa, 2000.

Baéz Rubi, L. *Mnemosine Novohispánica. Retórica e imágenes en el siglo XVI*. Instituto de Investigaciones Estéticas, México, 2005.

Berman, Marshall, *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. México. Siglo XXI, 2006.

Borboa, Vitral, *Azcapotzalco, tradiciones, muertos, Drácula, murciélagos*. México. Batic weba, 2002.

Brito Altamirano, Alejandro, *Azcapotzalco, documentos históricos: San Juan Tlihuaca*. México. Asamblea Legislativa del Distrito Federal, 2009.

Brito Altamirano, Alejandro, *Los ahuehuetes*. México. (Edición Independiente), 2006.

Brito Altamirano, Alejandro, *San Juan Tlihuaca. Lugar de lo Negro*. México. (Edición Independiente), 2008.

Choay, Françoise. *Alegoría del patrimonio*. Editorial Gustavo Gili. España, 2007.

Garibay, Angel María. *Poesía Indígena de la altiplanicie*. Universidad Autónoma de México. México, 1992.

García Ayala, José Antonio. *Lugares de alta significación, Imagen Urbana y sociabilización en la Jardín Balbuena*. Plaza y Valdés Editores. México, 2010.

Kundera, Milan, *La insoportable levedad del ser*. España, Tusquets Editores, 2008. 336 pags.

Licon Valencia Ernesto, *El dibujo, la calle y construcción imaginaria*, Imaginarios Urbanos, No. 46, Pág. 25.

Mandoki, Katia, *Desarraigo y quiebre de escalas en la ciudad de México: un problema de semiosis y estética urbana*. Conferencia en la UAM Xochimilco. México, 1997.

Medina Hernández Andrés, *Pueblos antiguos, ciudad diversa. Una definición etnográfica de los pueblos originarios de la Ciudad de México*. México. Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, 2007.

Mora Vázquez Teresa (coordinadora). *Los pueblos originarios de la ciudad de México. Atlas etnográfico*. México. Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2000.

Pastrana, Tarsisio, *La memoria de la arquitectura, La arquitectura como objeto testimonio*. Revista Escencia y espacio. México, 2011, pps. 24-31